

Cristianos venidos del Islam

Historias de musulmanes convertidos al catolicismo



Editorial: Libros Libres

Autor: Giorgio Paolucci y Camile Eid

Páginas: 232

Año de edición: 2007

Textos escogidos de este hermoso libro nos muestran la grandeza y la novedad de nuestra fe, y cuál es la «revolución» que se desencadena cuando un musulmán se encuentra con Jesucristo y con su Iglesia. El Catecumenado es el camino mediante el que culmina su deseo de «ser de Cristo» y experimentar en plenitud sacramental el perdón y la misericordia divina.

INTRODUCCIÓN

La aspiración a la felicidad hace capaz al hombre de superar los obstáculos de naturaleza jurídica, social y cultural que encuentra en su camino de realización. El sello de la apostasía que se impone a quien abandona la que se considera «la religión natural del hombre» conlleva consecuencias muy graves en el ámbito personal y social, que pueden llegar a la cárcel y a la pena de muerte. Es un sello que marca a todos los que salen de la comunidad islámica. Un «sello indeleble» que acompaña al apóstata a todas partes. Incluso en tierra de emigración son objeto de reprobación de sus conciudadanos. Muchos se ven obligados a vivir su condición de convertidos en secreto incluso en países donde la libertad de conciencia y de religión es un hecho.



En este libro encontraremos relatos de personas que han encontrado en el cristianismo el cumplimiento de lo que habían empezado a experimentar en el Islam, o bien lo que deseaban sus corazones sin encontrarlo en la fe musulmana. Lo que hace fascinante la experiencia cristiana a los ojos de quien ha crecido en la tradición islámica.

¿Qué significa encontrar hoy a Jesús y descubrirlo como Hijo de Dios y Salvador para un musulmán que, si por una parte lo reconoce como «Cristo hijo de María», por otra, lo concibe como uno de los muchos profetas que precedieron a Mahoma?

Significa encontrar el rostro de los que siguen a Jesús porque a su vez han quedado fascinados por una presencia que se ha revelado decisiva para su existencia. Quedar fascinados por la lectura del Evangelio o por el testimonio de la Iglesia.

La conversión de un musulmán al cristianismo exige valor y determinación. Puede implicar dolorosas rupturas. Se vive como una verdadera traición merecedora de castigo, ya que el Islam sólo tiene puerta de entrada. Estas dificultades pueden inducir a detenerse antes de llegar al Bautismo para no poner en peligro su incolumidad o la de su familia. Otros se adaptan a vivir en una especie de clandestinidad religiosa y abandonan su país, su ciudad o su trabajo.

No podemos permanecer indiferentes a su situación que, en algunos aspectos, es asimilable a la de los cristianos en tiempos de las catacumbas. Necesitan una atención más allá de la sacramental: compañía que los ayude a sentirse parte integrante de la comunidad cristiana, en la que sea posible experimentar la presencia real de Jesucristo. No es suficiente con abrirle la puerta a quien llama a la puerta de la Iglesia; es necesario trabajar para que se sienta realmente en su casa.

En este sentido todo neoconverso representa un desafío para los católicos, los provoca para que recuperen una responsabilidad que, en demasiadas ocasiones, se da por descontado hasta el punto de llegar a ser inactiva.

TESTIMONIOS

1. Los terroristas citaban versículos del Corán para dar una justificación religiosa a sus crueldades. Me preguntaba: ¿cómo es posible que alguien se adueñe de las palabras del Corán y las transforme en un arma con que golpear a personas indefensas, casi todas musulmanas, gente que venera este libro como fundamento de su vida?

Simultáneamente me venían a la cabeza comparaciones con el cristianismo, con el Dios que pide y ofrece amor, que perdona y pide que se perdone a quien yerra, no sólo una vez, no tres veces como dice un hadith de Mahoma, sino hasta setenta veces siete. Un Dios que tiene un rostro, el rostro del amor, no un Dios desconocido al que el hombre debe someterse.

«El Señor es contigo» era algo que desde siempre habría querido escuchar, algo que estaba buscando desesperadamente en mi confusión espiritual de aquel período: Dios había venido a mi encuentro. Por fin había llegado hasta mí.

En Occidente, cambiar de religión es algo normal, no cuesta nada. A veces tengo la impresión de que es una moda. Sin embargo, para nuestra cultura es un camino accidentado, lleno de obstáculos y de adversidades. Es como arrancarse la piel para que crezca otra.

2. ... Defendían a los musulmanes, pero en nombre de Alá degollaban a mujeres y niños servios. Intereses políticos encubiertos con ideales religiosos para justificar maldades. «Yo también contribuí a fomentar ese odio, pero fue en ese tiempo cuando Jesús empezó a llamar a mi vida».

Llega la voz valiente del arzobispo suplicando el fin de este horror, invita al perdón y a la reconciliación porque eso es lo que Dios quiere. Pero en la radio suenan otras palabras en sentido contrario. Son las del líder religioso musulmán que llama a luchar. Dos líderes, dos formas antitéticas de ver a Dios, que empiezan a producir dudas e interrogantes y ponen en crisis su ya precario sistema de valores.

Allí, tras los barrotes de una celda, Dios llamó de nuevo a mi vida. El remordimiento por las violencias que me habían manchado durante la guerra no me concedía la paz.

3. Algunas cosas era mejor no preguntarlas, sólo había que obedecer y someter nuestra voluntad a la del Altísimo y Misericordioso.

Ante su inquietud por saber más cosas de Dios. Habla con algunos rabinos pero queda decepcionado por el papel preeminente de las reglas, prescripciones y prohibiciones, por un Dios que permanece alejado, que no calienta su corazón.

«Tomad y bebed, este es mi cuerpo entregado por vosotros». Una revelación que es una revolución: la de un Dios imaginado hasta ahora como inalcanzable, que se hace cercano, hombre entre los hombres, que se entrega como comida por amor a todos.



4. He encontrado en el cristianismo el cumplimiento de lo que había empezado a buscar en el Islam.
5. Fátima, musulmana, feliz de haber encontrado al Crucificado: Toda discusión es inútil; para la mentalidad de un musulmán abandonar el Islam es algo absolutamente inconcebible. Tenemos que arriesgar nuestra libertad y entonces ocurren cosas que no pensabas poder ser capaz de hacer.
6. En Albania se declaró ilegal cualquier manifestación de pensamiento y cualquier experiencia con trasfondo religioso. Dios se convirtió en una palabra clandestina.

En mis crisis existenciales de aquellos años recuerdo la voluntad de creer en algo infinito y que al mismo tiempo se pudiera experimentar, al menos un poco, en la vida cotidiana. Sentí la curiosidad por ese hombre llamado Jesús del que había oído hablar vagamente en casa como de un profeta anterior a Mahoma. En la amistad con algunas familias de los Focolares di los primeros pasos del Catecumenado.

7. Las llamas del infierno acababan siendo más importantes que el amor de Dios, y la fascinación que sentía por el Misericordioso era muy poca cosa con respecto al miedo que me provocaba la perspectiva del castigo divino.

Acuérdate sólo de que Él no nos deja solos. Ha mandado a su hijo Jesús para que nos haga compañía al hombre y esa compañía sigue también hoy: se llama Iglesia.

El núcleo de mi problema, recuerda Amina, no era la existencia de Dios, algo de lo que personalmente nunca he dudado, sino su presencia en mi vida, una presencia capaz de cambiar mis días. ¿De qué me servía un Dios que existe pero que no tiene nada que ver conmigo? No buscaba un fulgor, visiones místicas o cosas de este tipo. Buscaba una respuesta convincente a mis preguntas sobre la vida, algo muy distinto a aquel conjunto de reglas, permisos y prohibiciones en los que se había convertido para mí la religión islámica.

Desear comer aquella hostia que es para los cristianos la forma de participar físicamente en el encuentro entre Dios y el hombre.

8. Hoy, si naces argelino, «tienes que» ser musulmán. Todos a mi alrededor repetían que existe sólo el Islam. Una fe, pero sobre todo, una forma de vivir hecha de reglas y de obligaciones que me sofocaban.

La revolución de un Dios al alcance del hombre, con el que es po-

sible, incluso hablar. Los cristianos lo llaman «Padre nuestro»; Él no entiende por qué, pero queda turbado. La atracción hacia Jesús seguía aumentando.

Para occidentales y cristianos la vida siempre está en peligro: atentados, amenazas, asesinatos. Para encontrarnos con nuestros hermanos de fe hacíamos viajes de centenares de kilómetros en coche. Algunos musulmanes del pueblo, cercanos a los fundamentalistas, los consideran traidores. Ellos evitan discusiones para no caer en la trampa de la provocación. Usan todas las precauciones posibles al mostrar su fe en público y son conscientes de que, incluso en la Italia libre, podrían terminar en el punto de mira de cualquier malintencionado que quiera convertirse en un justiciero de la fe.

9. Era musulmana por definición. Sentía un fuerte deseo de un Dios con el que dialogar. Había un vacío en mi corazón pero no lograba comprender cómo podía colmarlo. Es admitida en el Catecumenado. Durante dos años sigue un camino de conocimiento de la fe católica.
10. De mi viaje al Pakistán volví con muchas dudas sobre el Islam y la sociedad musulmana. La presencia más importante fue la de una chica muy devota que lo fascina con su forma sencilla y transparente de vivir la fe católica. De ella recibe una copia del Evangelio. De largas conversaciones descubre a un Dios que se ha hecho hombre hasta la entrega de sí mismo en la Cruz, la riqueza del amor gratuito y la belleza del perdón. Pero, sobre todo, empieza a creer que el cristianismo es mucho más que un código de comportamiento, como le parece que es el Islam, que no puede ser reducido a un sistema de valores: es el encuentro entre las expectativas del hombre y la iniciativa de Dios, una revolución que cambia la vida desde los cimientos.

Comencé a comprender qué quiere decir conversión: te sientes amado por un amor más grande que el tuyo y la vida empieza a cambiar.

OTROS TEXTOS

- Era suficiente mirarles a la cara para comprender que eran felices y a través de sus miradas me sentí mirada y amada por el mismo Jesús en que ellos creen.
- Ver como viven mis amigas cristianas ha sido decisivo para mi conversión, más que leer muchos libros. De ellas he aprendido a apreciar valores como el perdón y la acogida, de los que ni siquiera



conocía su existencia. Después nació mi amistad con el párroco, a quien acibillo con preguntas sobre la fe cristiana y al que he pedido comenzar el camino del Catecumenado.

- He comprendido que con Jesús la vida es otra cosa.
- Hay quien vive la propia condición de neocristiano con la impotencia y la amargura de no poder salir a la luz del sol, obligado a esconder la cosa más hermosa que posee.

El musulmán que se convierte en cristiano vive con miedo. Yo tengo terror de entrar en la iglesia. Denuncio el silencio de la Iglesia. Nos sentimos abandonados. Tras la conversión no tenemos a nadie que nos sostenga.

- Percibí una presencia misteriosa junto a mí, un calor y una dulzura jamás experimentados hasta ahora. Estaba asustada y feliz al mismo tiempo. La mujer me dijo : «Es el Señor, que ha llegado a ti y que te manifiesta su amor por ti, confía en Él».
- Gracias a Él descubrí el valor del perdón, la auténtica revolución que trajo Jesús, algo lejos de mi mentalidad de musulmán.
- Aumentó el interés por la figura de Cristo a quien mi marido y mis hijos se dirigían como al mejor amigo. Oraban a un Padre, oraban a un Hijo, a Alguien familiar, a Alguien que había venido a estar con el hombre para siempre. Orar no es postrarse hasta tocar la tierra con la frente, sino ofrecer el corazón a Quien ha ofrecido su vida por todos los hombres, a Quien subió a la Cruz.
- Cuando era niña, seguí el olor del incienso que llegaba de una iglesia católica que se encontraba delante del colegio de mi barrio. Allí había algo misterioso y fascinante que me invitaba a ese lugar. No podía resistir el deseo de entrar.
- ¿Qué me ha impresionado más del mensaje cristiano? El hecho de que el modelo a seguir es uno que subió a la Cruz y murió para mi salvación y para la de todos los hombres.
- No entendía nada de lo que ocurría allí dentro, pero sentía en la mente y en el corazón como un impulso a ir. Me quedaba sentada y miraba el altar. No entendía lo que decía el sacerdote, pero estaba contenta de estar en aquel lugar y deseaba volver y saber leer los libros que siempre nombraba: la Biblia y el Evangelio.

Mercè Parellada Fuentes
Equipo de la Delegación del Catecumenado
de la Diócesis de Barcelona